

**CUENTO N° 293**

**TÍTULO: LO QUE SE HEREDA NO SE HURTA**

**SEUDÓNIMO: MANUEL DE LA PILA**

**AUTOR: RAÚL NICOLÁS CORREA HIDALGO**

## Lo que se hereda no se hurta

Seguro que la reunión debía estar empezando ya en la oficina de la Calle de los Huérfanos –corrijo: “paseo” Huérfanos como se llama ahora– y nosotros con la Florencia recién íbamos en La Moneda, cuando ella empezó a cojear. Justo frente al Palacio de Gobierno, mi querida hermana me dice que no puede avanzar más, que vayamos más lento, por favor. –Me duele la pierna, la raíz del muslo izquierdo– insistió alzando la voz, suplicando que nos detuviéramos, cuando la iba tironeando para que apurara el tranco en plena Plaza de la Constitución. Suspiré y pensé resignado: ¡será como todo en este país! que se atrase la cuestión. Dicho y hecho: a pesar de que el tío Mario, como siempre, había sido el primero en llegar, mi mamá también venía tarde: apareció detrasito nuestro –claro: setenta y tres ya cumplió–, incluso llegó después de Alberto con la Martina, del Juanuco –qué tiempo que no lo veía–. Éramos como cuarenta en total. Estaban todos los hijos de mi abuelo, menos la tía Trini –la mayor– que no la dejaron salir del hogar y, bueno, el tío Teodoro que se mató años atrás. El resto, casi todos los nietos, les nietes, como hay que decir ahora según mi hija, estábamos ahí, y si no, alguno de los padres lo representaba, aunque en realidad nosotros los nietos asistíamos por pura curiosidad no más, porque la torta se repartía entre los hijos –hijos– que eran mi mamá y mis tíes, y quizá algo le podía alcanzar a tocar a alguna nieta regalona –como la Flo– en la “cuarta libre disposición” –o algo así– como nos dijo Melchor, don Melchor, el abogado que nos citó, así es que yo creo que el dolor de la pierna era de puro nervio no más.

Aunque todos estaban –estábamos– serios, como tratando de encontrar alguna tristeza interior, algún dolor que aflorara y nos permitiera aparentar que sentíamos pena

de verdad, lo cierto es que ya nadie lloraba como en el funeral, salvo mi mamá, a quien me pareció verle una discreta mayor humedad en el párpado inferior cuando nos saludó. Yo la conozco y sé que a su “hola, cómo están” le faltaba alguien, no estaba completo, a diferencia del saludo del domingo antepasado, el día en el que el viejo –su papá, mi abuelo– estiró la pata para cruzar el umbral. Aunque ese día él ya no estaba nada bien, por lo menos estaba vivo. Yo creo que él, que era alegre como nadie, que siempre se rió de medio mundo, que nunca expresó dolor, igual sufrió, al menos desde aquel porrazo que lo mandó al suelo cuando se resbaló en el baño, se debe haber dado cuenta de que la vida no era puro pasarlo bien, porque cayó a la cama y lentamente se le empezó a deshacer el escaso futuro que le quedaba y se fue a pique cuando los médicos dijeron que por la edad –la fatiga de material– no era candidato a cirugía para una prótesis. Ahí se le hizo tenue la sonrisa, desapareció la talla a flor de piel que siempre lanzaba cuando uno lo iba a ver: “aquí estamos, pus cauro: fregao y sin novedá”, tal como decía buscando una rima, una consonancia, un verso para echarlo a volar. Esa vela también se apagó al final.

El abuelo Pedro Pablo llegó al partido por sus libros. No cualquier escritor llega tan alto en una organización que rige los destinos del país, decía como una suerte de autoproclamación política, todos los años en la fiesta familiar –en honor a él, por supuesto– de San Pedro y San Pablo. Tú serás mi heredero, Riqui, me dijo cuando yo tenía 9 años. –¿Heredar qué?– me pregunté. Cuál sería ese honor. Yo ni sabía qué quiso decir pero sonaba como una distinción única, exclusiva, como venida directamente de Dios, como mi nombre, con el que obligó a mi madre que me bautizaran, ¡qué tengo yo de Ricoeur, por favor! No pude evitarlo, me dijo ella, pero así

se usaba: a la hija la mandaba el papá, la mujer se sometía al varón. Riqui tiqui ti, me decía la Florencia para molestarme. Florencia la coja desde hoy día en plena Plaza de la Constitución –pienso ahora–. ¿El abuelo rengueaba su resto? francamente, no me acuerdo. Pero obviamente que su vida no fue de una marcha, diríamos “recta”: se iba harto para el lado y se cayó varias veces en aguas turbias, como él decía que le ocurría a los demás, pero nunca a él; sin embargo, en el último costalazo que se dio el hombre, sus amigos no pudieron salvarlo, por más que tuvieran “compromisos” como aseguraba: “noo, Gaspar te va a dar trabajo, Riqui, porque tiene un “compromiso” con el partido...”, lo que significaba –entendí después– que le debía algún favor a él. Esa parte oscura de la vida posiblemente siempre quede en penumbras, si es que no ha sido borrada ya: los tejes y manejes, el macuqueo, como decía él. ¿Sus libros? Ya no se venden, aunque alguna vez me tocó leer uno en el Liceo. ¿Es tu abuelo? Preguntaban mis compañeros, sí, claro que es mi abuelo, respondía sonrojado, con ganas de esconderme. La Flo, en cambio, disfrutaba entreteniéndole a sus amigas cambiándole los finales a los cuentos que estaban impresos, inventando que así era “el original”, que tal cual se los había contado el viejo cuando los estaba escribiendo, y él siempre, siempre narraba en tercera persona, como nos mostró la profe Eliana en tercero medio, a propósito de cómo se narra o mejor dicho, de quién narra un texto, del tipo de narrador: omnisciente. Todo lo sabe y todo le ocurre a los demás, y en su vida fue así hasta el final: “los que se quiebran un hueso tienen mucho dolor”, ¡no pudo decir me duele-a-mi! Quizá por eso ahora nadie muestra pena, o quizá estamos todos sacando cuentas alegres, como decía un humorista de la tele: “cuando un multimillonario pasa a mejor vida, sus herederos también”. Era dueño de medio Chile, escucho a mi espalda.

Me volteo ligeramente para comprobar que era la nueva pareja del tío Fede hablándole a la que debe ser su hija, digo, porque tenían el pelo teñido igual.

Me duele la pierna, el muslo, insiste la Flo en mi oído, con voz de un misterio ancestral, de un quiebre en el paso del tiempo, de una historia sin acabar. ¡Ya me volé pensando estupideces! Ha de ser un tirón muscular, una fuerza mal hecha, le dije con un “shhtt” entre labios, mientras el tío Federico nos miró frunciendo el entrecejo detrás de su corbata roída, de su chaqueta grasienta, ocultando las manchas amarillas de sus dientes teñidos por el cigarrillo y la falta de cepillado. Asqueroso todo ¿no te parece? Obvio, pero es la familia que hay.

Don Melchor pide silencio, anunciando que dará lectura al testamento. Alguien hace callar a la tía Mercedes que solloza. Silencio. Reluce en su solapa la insignia de la Cofradía del abuelo, mientras el cortapapeles rasga el sobre lentamente. Hay tensión, misterio, como si fuera “La Gala” de un programa de televisión, como ese momento que prolongan y prolongan adrede antes de anunciar quiénes son los afortunados que pasan a la etapa siguiente o los desdichados que caerán por el barranco.

En Santiago de Chile, a doce de febrero... sigue leyendo en silencio abriendo sus ojos cada vez más, cae su mandíbula como un dibujo animado, nos mira compungido como buscando un argumento, una explicación, y vuelve, balbuceante:

–Don Pedro Pablo escribía, como ustedes saben... poesía y prosa... su encargo, según dice aquí, es que les transmita textualmente su pensamiento...– y se larga:

*“Una estética rimbombante solaza una noche plena de falta de pudor. La impudicia del escritor que ensayaba aquellas frases primero en su mente,*

*luego en la tarima donde bailaba la mujer, siguiéndola en su rosada desnudez hasta el mismísimo papel donde cada toque del lápiz azul dejaba una estela de sonrojos, un espasmo de placer irrepetible, anhelado con frenesí, tan transitorio como el suspiro de la viuda en el Ave María que le recitaba el cura en la Santa Misa: así, en pecado concebida, pretendía construir su novela, sin hablantes, sin claridad, con el tiempo correlativo desordenado por el azar, dirigido por el pleno cauce interno que le dictaban sus desconocidos flujos emocionales: así, sin aparente ton ni son se largó no más, se largó a pretender estampar en alguna parte eso que sentía a veces tan a flor de piel, otras tan enigmático como la propia esencia de la vida, pero al fin y al cabo, ilusoriamente propia, como creen sentir su existencia todos los seres humanos. Así la impudicia del escritor se impuso a la razón. Así nada más pudo por fin, cantar”.*

Algunos miraron el suelo, haciendo como que hubieran entendido algo, como que estuvieran buscando la herencia personal que pudieran contener esas palabras. Otros cruzamos las miradas, perplejos, con los pensamientos entrecortados, sin imágenes o más bien en un ambiente en penumbras, lleno de humo, con vestidos de encajes entre focos azules bamboleantes.

–¿Les repito...?–

–Vaya al grano– dijo la hijastra de Federico, y todos asentimos.

¿Por qué hace esto, por qué hizo todo tan difícil? Me murmuró al oído la Florencia. ¡Qué sé yo! Le dije sólo con la mirada, como solíamos comunicarnos desde

que éramos niños, cuando jugábamos a las escondidas en la casa del abuelo y antes de que yo empezara a contar, ella me miraba de un modo que me decía que se iba a esconder en ese cuartucho de las herramientas, que iba a estar acurrucada entre aquellas ollas gigantes que llamaban “fondos”, para que yo la pillara. Esos fondos que ocupaban una vez al año para hacer el mariscal el día de San Pedro y que después dejaban arrumbados entre puras cosas en desuso, como las cajas con los libros que no se vendieron, que los ratones royeron con frenesí.

El honorable leguleyo dejó sobre el escritorio la única hoja que contenía toda la herencia del mentado caballero, y continuó su perorata:

–Es eso nada más. Lamentablemente, querida familia, en todo lo que son los placeres de la vida, don Pedro Pablo comprometió globalmente su fortuna, pero no se preocupen, porque en fecha próxima realizaremos un merecido homenaje a su figura, en el cual vuestra presencia sin duda le dará un gran realce a la ceremonia, cuyo financiamiento él dejó estipulado en vida a través de las múltiples donaciones que nos hizo, por las cuales este humilde servidor queda especialmente agradecido.

Y antes de que se retiren, tengo el encargo personal que me pidió personalmente nuestro gran benefactor, que les transmitiera en este acto, de decirles que a quien de ustedes que quiera quedárselo, le deja el intenso dolor de su fracturada cadera izquierda, ese mismo que le impidió continuar la senda de filántropo que eligió luchando como siempre lo hizo, por todos los necesitados, los reales y perennes herederos de los nobles valores que impregnaron su tránsito por esta tierra.